

una voluntad de hierro, hizo y cumplió rigurosamente el voto de castidad y de abstencion de bebidas alcohólicas; pero al principio de su reinado sus actos de gobierno no correspondieron á la gran impaciencia que habia mostrado de gobernar personalmente. Su afición á los asuntos públicos se paralizó pronto y en su lugar dedicóse á ejercicios y juegos rudos y pueriles, que devoraron todos los ahorros hechos por su padre; de modo que las potencias vecinas primero, y luego todo el pueblo sueco le miraron con menosprecio. El desden de los extraños era tanto mas peligroso, cuanto mas odio tenían á la Suecia por la relativa y rápida preponderancia que habia adquirido en las muchas guerras en que habia estado interesada; resultando de esto, que tres monarcas vecinos creyeron que habia llegado el momento de arrebatar al joven rey el botin que cada uno ambicionaba; estos tres fueron Federico IV, rey de Dinamarca; Augusto II, rey de Polonia, y Pedro I, el czar de Rusia.

Al morir el czar Fedor III en 1682, habia dejado tres hijos: Ivan, Sofia y el hermano de esta, Pedro, que á la sazón contaba diez años. Siendo el mayor Ivan, corporal é intelectualmente inválido, las personas influyentes le determinaron á renunciar la corona en favor de su hermano menor. Hizolo así, y encargóse por lo pronto de la regencia la madre de Pedro, Natalia Narishkin; pero su hermana Sofia, ambiciosa é intrigante, aprovechó el descontento del cuerpo de los strelitzs, especie de guardia de corps y como tal el único cuerpo de tropa permanente entonces, para matar á los parientes y amigos de la regente y apoderarse del gobierno. Entre tanto vivia completamente retirado el joven czar dedicado á sus estudios y á la formacion de un pequeño ejército por vía de diversion, inofensiva en apariencia. A medida que fué creciendo, dió señales precoces de tener un carácter muy enérgico, lo cual le conquistó muchísimas simpatías, y el apoyo de la poderosa familia Narishkin y de su numeroso partido, mientras su hermana, la regente, se hacia cada día mas odiosa con su despotismo y extralimitaciones insolentes. Así pudo Pedro, rodeado de sus parciales, ponerse en frente de ella para arrancarle el gobierno. Abandonada de todos, sometióse Sofia á su hermano y éste se contentó con encerrarla en un convento, y con desterrar á sus partidarios mas influyentes.

Apenas tuvo Pedro en sus manos el gobierno, cuando no obstante que no contaba mas de 17 años, porque esto sucedió en 1689, empezó su grandiosa obra de introducir en Rusia la civilizacion del Occidente tal como se la habia pintado en sus lecciones y conversaciones su amigo Lefort, natural de Ginebra y de mas edad que él. Lo primero que se hizo fué instruir á la tropa en los ejercicios y maniobras mas modernos entonces, y llamar á Rusia con los instructores militares, obreros holandeses prácticos en la construccion de buques. El mismo czar trabajó entre ellos á manera de aprendiz para imponerse en su oficio y arte. Hizo construir de esta manera muchos buques mercantes y de guerra; pero no por eso descuidó los demás asuntos. Estableció leyes rigurosas de orden público, y buscó los medios mas pronto y mas adecuados para facilitar la exportacion de los riquísimos productos naturales de la Rusia, estableciendo en primer lugar buenos puertos, para cuyo objeto solo podía servir entonces el de Arcángel en el Océano ártico por comunicar directamente con el mar del Norte y el Atlántico. De aquí que protegiese tanto á esta plaza, hasta que logró apoderarse de Azof, arrebatando esta ciudad y comarca á la Sublime Puerta en 1696, con cuya adquisicion, que no tardó en fortificar convenientemente, pudo comunicarse la Rusia con el Mar Negro y el Mediterráneo.

En estas circunstancias llegó á su noticia que su ambiciosa

é incansable hermana Sofia estaba conspirando contra él en union de la nobleza, enemiga de innovaciones y de la tropa descontenta. Con valor personal y terrible energía sorprendió Pedro los conspiradores y los castigó con una crueldad bárbara (1).

Tan ruda y peligrosa oposicion no hizo variar en lo mas pequeño la resolucion ni los proyectos civilizadores del czar, cuya voluntad férrea y cuyo natural duro y despótico no excluian ni perjudicaban el gran cariño que profesaba á su familia. Al revés de otros déspotas, como Luis XIV y Napoleon I, no le movia ninguna ambicion personal, sino únicamente una grandísima solicitud por la prosperidad y el poder de Rusia como él los entendia.

En 1697 emprendió á este fin su primer viaje al Occidente de Europa para imponerse bien en las costumbres y organizacion de los diferentes países. Tomó el camino por la Alemania del Norte hasta Holanda, donde trabajó como cualquier otro operario en las maestranzas de Yaardam para perfeccionarse prácticamente en la construccion naval, estudiando é inspeccionando al mismo tiempo todas las demás industrias y ciencias. De allí pasó á Inglaterra; luego regresó al continente, visitó á Viena, y desde Viena volvió á Moscú, donde se habian sublevado por tercera vez los strelitzs excitados por el clero partidario de lo antiguo. A pesar de estar ya sometida esta tropa cuando el czar llegó, no la perdonó. Su escarmiento fué terrible; muchos miles fueron degollados, y cerca de ciento por la propia mano del czar. Sin querer excusar su carácter feroz cuando se le encendia la ira, ni su barbarie y brutal desprecio de la vida de sus semejantes, debe hacerse constar que consideraba tan terrible rigor como un deber suyo, para sacar al pueblo ruso, aun contra su voluntad, de su estado de embrutecimiento, y elevarlo á una condicion mas digna de seres humanos. Finalmente, en 1700, disolvió para siempre aquella guardia de corps, y creó en su lugar un ejército regular reclutado por sorteo, organizado é instruido como en los países que habia visitado. Al propio tiempo prohibió el antiguo modo de vestir y de llevar toda la barba, y mandó gran número de jóvenes al extranjero para aprender las artes, ciencias y oficios manuales modernos. Aumentó además los ingresos del tesoro por lo pronto hasta 8 millones de rublos anuales (aproximadamente 32 millones de pesetas), suma muy considerable atendido el extraordinario valor del dinero en la Rusia de entonces.

Uno de los obstáculos que mas anhelaba hacer desaparecer era la falta de una comunicacion marítima pronta y fácil con los países civilizados, por ejemplo por el Báltico, del cual separaban á la Rusia entonces las provincias suecas. Este deseo le hizo entrar en la liga contra la Suecia, liga que trataba de organizar aquel noble de Livonia, Patkul, que habia logrado escapar de manos de Carlos XI cuando fué con la comision del brazo noble de su país á Estokolmo. Este Patkul era hombre arrojado, emprendedor, de una energia inquebrantable, de ideas vastas, y ardía en deseos de vengarse y librar á su país, la Livonia, del yugo sueco. Habíase refugiado en la corte polaco-sajona, donde encontró calurosa acogida, siendo ministro principal Flemming, sujeto de talento, vivo, inquieto, que nunca se cuidaba ni de deta-

(1) Las obras mas recomendables para el estudio de este personaje son: 1.º la obra de A. BRUCKNER: *Pedro el Grande*, que forma parte de esta coleccion y está de consiguiente trasladada á nuestro idioma; 2.º *Historia de Rusia*, por E. HERRMANN, tomo IV, Hamburgo 1849. Esta es obra minuciosa, discreta, escrita en alemán con perfecto conocimiento de la materia, lo mismo que su complemento del mismo autor: *La Rusia en el reinado de Pedro el Grande*, escrita en vista de relaciones manuscritas, Leipzig 1872.

lles ni de peligros en sus empresas. Poco trabajo costó á Patkul convencer á este político en 1699 de las ventajas de una alianza ofensiva con Dinamarca para arrancar á la Suecia las provincias bálticas, la Livonia y Estlandia, que anteriormente reconocian la soberanía de Polonia. Al propio tiempo, ayudado por el embajador sajón en Moscú, Carlowitz, logró determinar al czar Pedro á entrar tambien en la alianza á

condicion de facilitarle de un modo ú otro un acceso al Báltico. Patkul por su parte esperaba ganar para la nobleza de su país iguales fueros de que disfrutaba la polaca.

Así fué acumulándose en el Nordeste de Europa una tempestad terrible, mientras otra iba á conmovier el Oeste y el Sur del continente llevando al borde de su total ruina al soberbio edificio político construido por Luis XIV.

LIBRO CUARTO

LA GUERRA DE SUCESION DE ESPAÑA: LA MUERTE DE LUIS XIV

CAPITULO PRIMERO

EL ARREGLO DE LA SUCESION ESPAÑOLA (1)

Con la muerte de Felipe IV habia quedado reducida la rama española de los Habsburgos á su hijo Carlos II, cuya vida enfermiza pendia siempre de un hilo. Este último y

(1) La obra mas capital que puede consultarse sobre este asunto promete ser la vasta *Historia de Europa en el siglo XVIII* por C. DE NOORDEN. Dusseldorf 1870 y 1874. La primera seccion trata cabalmente de «La guerra de Sucesion», pero hasta hoy solo se han publicado dos tomos, el primero y el segundo, que abarcan los primeros siete años de esta guerra. El material nuevo que hasta ahora presenta es abundantísimo gracias á un minucioso estudio de los archivos holandeses, ingleses y prusianos. El estilo y redaccion dejan bastante que desear. A pesar del cuadro vastísimo de esta obra, queda aun campo para estudios de detalle, como lo prueba la obra de HIPPEAU: *Avènement des Bourbons au trône d'Espagne*, Paris 1875, que viene á ser una coleccion de documentos referentes al mismo asunto, como entre otros la correspondencia de Harcourt, embajador de Luis XIV, con este y con sus ministros. En el resumen histórico que el autor da por vía de introduccion, preséntanse por primera vez en su verdadero aspecto, por lo menos tocante á los detalles, las negociaciones seguidas en Madrid por el gobierno francés. Tenemos tambien la obra de ARNOLDO GAEDEKE: *La política austriaca en la cuestion de la sucesion española*, Leipzig 1877; trabajo basado en los documentos del archivo imperial de Viena y del particular de la familia condal de Harrach. En esta obra se nos presenta la política austriaca de aquel tiempo en toda su lastimosa torpeza, comprobada por los mismos documentos austriacos que el autor copia literalmente y en grandísimo número. ¡Qué contraste ofrece en cambio con la energia, la abundancia de recursos y la arteria brutal y sin consideracion, de la diplomacia francesa! Onno Klopp ha querido refutar á Gaedeke en el tomo octavo de su obra citada en otro capítulo «La Caída de la familia de los Estuardos», pues que en todo se hace Klopp el panegirista del Austria; pero fuera de algunos pocos puntos, no logra probar que haya habido parcialidad ni exageracion en los juicios de Gaedeke, cuya opinion y descripciones quedan en su conjunto incontrovertibles.

Las obras de Gaedeke y de Noorden están escritas en alemán, y la siguiente, importante tambien, lo está en inglés: *Letters of William III and Louis XIV and their ministers*, edited by P. GRIMBLOTT, Lóndres 1848.

Véanse tambien las *Memorias del Marqués de Torcy* en la coleccion de *Michaud y Poujoulat*, tomo VIII, serie III, Paris 1839. Estas memorias abarcan el período desde 1697 hasta 1713, es decir, toda la guerra de sucesion. Como Torcy las escribió pocos años despues de haber dimittido su cargo de ministro de negocios extranjeros, refiere en ellas las negociaciones diplomáticas mas importantes que se siguieron en este período, en particular las conferencias del Haya en 1709, las de Gertrudenberg y finalmente las de Utrecht; y todo de un modo verídico, bien que naturalmente desde el punto de vista francés. Injusto por demás se

débil vástago de una familia degenerada, habia sido desde el primer día de su gobierno nominal el juguete de las camarillas palaciegas. Su hermano ilegítimo don Juan de Austria, mas turbulento que entendido, habia hecho que preponderase en la corte de Madrid el partido favorable á Francia; pero solo por poco tiempo; porque á su muerte, ocurrida en el año 1679, volvió á tomar las riendas del go-

muestra con los adversarios mas decididos de la Francia, como el príncipe Eugenio, Marlborough, Godolphin y los whigs, á quienes acusa de todos los crímenes imaginables.

Entre las obras militares sobre la guerra de sucesion, merece citarse en primera línea, la del teniente general PELET: *Mémoires militaires relatifs á la succession d'Espagne*, II tomos, Paris 1845-1862. Este trabajo está basado en las colecciones oficiales y en los extractos hechos por el general De Vault, director del archivo de la guerra en el siglo pasado. El general Pelet explica los pasajes oscuros y añade un número considerable de documentos inéditos, contentándose, en la parte redactada por él, con seguir rigurosamente los documentos, evitando por principio todo juicio individual de su parte. Hay que tener presente que los informes y descripciones contenidos en estos documentos están escritos por militares franceses, que con frecuencia son muy parciales, y en general de poca confianza respecto á las bajas sufridas.

Las *Memorias del mariscal VILLARS* en la coleccion de Michaud y Poujoulat, están redactadas en su primera parte por el abate La Pause de Margon, en la segunda por el conocido historiador Anquetil, y en la tercera por el mismo mariscal, conocido por baladron y jactancioso como pocos. Sin embargo, estas memorias, que abarcan el espacio entre los años 1670 y 1733, no dejan de ser importantes para la historia militar de la guerra de sucesion, especialmente por el gran número de documentos oficiales que intercala Anquetil.

Las *Memorias del mariscal de Berwick*, que forman parte de la misma coleccion, comprenden el tiempo entre 1685 y 1716. Su mérito principa consiste en la descripcion de los sucesos militares en que tomó parte Berwick personalmente. Todo indica que estas memorias fueron redactadas por notas y apuntes tomados por el autor diariamente á la raíz de los hechos en un diario que siempre llevaba consigo. Por esta razon son interesantísimos en lo que narran del último episodio de la guerra contra los *camisardos*.

Por la parte de Austria citaremos la ya mencionada obra de ALFREDO DE ARNETH, *El príncipe Eugenio de Saboya*, y la historia de las campañas de este príncipe que publica el Estado Mayor austriaco.

WILLIAM COXE nos ha dejado la historia del general que en esta guerra mandó el ejército inglés, bajo el título de: *Memoirs of John Duke of Marlborough*, Lóndres 1847, porque el autor ha tomado por base los documentos y correspondencia conservados en el archivo particular de la familia de Marlborough y en los de otras familias inglesas, por cuyo motivo merecen sus datos mucha confianza, prescindiendo de los encomios excesivos que el autor hace de su héroe.

Finalmente mencionaremos la obra de lord MAHON: *History of the war of the succession in Spain*; edicion de 1850, Lóndres.

bierno la reina madre, princesa austriaca. Habíase lisonjeado Luis XIV de obtener la influencia necesaria para sus proyectos de sucesión con dar su sobrina María Luisa de Orleans por esposa al rey de España; pero no tardó en ver el desengaño, porque la joven reina quedó muy pronto completamente abandonada de su esposo, y en su aislamiento triste, sombrío y hostil, marchitose la joven y bella mujer, víctima al mismo tiempo del horrible tedio que reinaba dentro del círculo de hierro de la insulsa etiqueta de la corte española.

El emperador Leopoldo I había casado á María Antonia, su hija única del matrimonio con la infanta española, heredera eventual del trono de España por disposición testamentaria de Felipe IV, con el príncipe elector de Baviera, Maximiliano Manuel, obligándola al propio tiempo á hacer solemne renuncia de su derecho al trono de España á favor de sus hermanastros, hijos del emperador su padre, pero de otro matrimonio. Muerta su madre, era ella la heredera legítima, y las Cortes de España consideraron su renuncia como sin valor, porque las Cortes no le habían confirmado, condición indispensable, sobre todo tratándose en este caso de un cambio radical de la ley de sucesión del reino. La reina madre María Ana opinaba como las Cortes y no reconocía mas heredera del trono que su nieta la esposa de elector de Baviera, y á pesar de todas las maquinaciones de la corte de Viena, que de ningún modo quería que el bávaro sacara el menor provecho ni beneficio de la herencia española, Maximiliano Manuel fué nombrado lugarteniente de Flandes. Era príncipe prudente, amable y valiente, y estableció desde luego su residencia en Bruselas, donde inauguró un gobierno brillante que contrastaba con el que prevalecía en las demás provincias de la monarquía española, y le atrajo las simpatías de todos los verdaderos patriotas españoles que cifraban nuevas esperanzas en su persona. En esto murió la reina de España María Luisa de Orleans, y Carlos II se casó en segundas nupcias con una hermana de la emperatriz de Austria, la princesa María Ana de Pfalz-Neuburg, con la cual volvió otra vez á ser preponderante en la corte de España el partido propiamente austriaco, tanto mas cuanto que en la primavera del año 1696 falleció la reina madre, amiga y abogada de la familia bávara. El emperador, deseoso de sacar todo el provecho posible de circunstancias tan favorables, mandó en calidad de embajador á España á su amigo íntimo, personal, y de toda su confianza, el conde Fernando Buenaventura Harrach, hombre probo y en extremo religioso, pero pobre diplomático. Fácil por demás habría sido lograr la declaración de las Cortes reconociendo la sucesión á favor del archiduque Carlos, hijo menor del emperador, si este último hubiese querido cumplir con el deseo de los ministros españoles de enviar al mismo pretendiente con un cuerpo pequeño de ejército á Cataluña para defenderla contra los ataques de los franceses; pero el obtuso emperador, con sus ideas absolutistas y legitimistas, no podía comprender que estando en juego la suerte de un gran país, se miran poco los lazos de parentesco ni las relaciones particulares entre los príncipes interesados en la cuestión. Pensaba que de todos modos la monarquía española acabaría por caer en manos de los Habsburgos alemanes por sí sola, ya porque el rey Carlos II era también miembro de la misma familia amén de serle adicta su segunda esposa, ya porque lo arreglaría así la Providencia divina que según era sabido en Austria, se interesaba directamente por la casa Habsburgo.

Y sin embargo el menor auxilio habría sido entonces de un valor inestimable para la pobre España.

El rey Carlos III era de estatura baja; tenía ojos grandes y expresivos, cabello rubio, tez blanca y fisonomía fina que habría sido hermosa si no la hubiesen desfigurado la nariz

aguileña, el labio inferior colgante y la barba prominente, tan característicos de la familia de Habsburgo. Enfermizo desde pequeño, le sobraba resistencia para llegar á viejo, si se le hubiera tratado por un método racional; pero los muchos charlatanes encargados sucesivamente de su curación, juntamente con el aire mal sano de Madrid (1), acabaron con lo que su constitución tenía de bueno y le acortaron así la vida. Habíale dotado la naturaleza de una inteligencia regular, clara y práctica; pero educado por una madre ambiciosa en una ignorancia increíble y un fanatismo devoto, apartado por ella de los asuntos públicos y de toda participación en el gobierno, acabó por olvidar toda independencia de carácter y de resolución. Bondadoso y débil, fué el instrumento sufrido de las personas que le rodeaban, á menudo contra su convicción interior. Murió su madre, y desde entonces apoderose de él y del gobierno su segunda esposa, la princesa de Pfalz-Neuburg, que según escribió entonces el embajador de Venecia á su gobierno, «no era la reina sino el rey.» Esta alemana era mujer de pocos alcances y como tal irritable, queriendo entender de todo y mandar en todo el mundo, despechada, apasionada, irritable por las cosas mas pequeñas, sin prevision, incapaz de concebir ni de seguir plan alguno, insolente y arrogante para imponerse, y cobarde y espantada cuando las cosas no salían bien. Creyendo que podía tratar con insolente altanería á los que eran menos que ella, se atrajo el odio de los españoles, el cual aumentó con la preferencia que mostraba para con sus confidentes alemanas, como la condesa de Berlepsch (2) que la dominaba enteramente y se aprovechaba de esta circunstancia para hacer escandaloso tráfico de empleos, amén de dejarse cohechar para cualquier fin si se le daba dinero.

La nobleza española tampoco tenía cualidad ninguna que hubiese podido salvar al país decaído, mejorar el pésimo gobierno y detener la marcha hácia la completa ruina. Los grandes ni eran ya guerreros ni tenían patriotismo; todas sus miradas estaban clavadas en las arcas del Estado para saquearlas cuando entraba algo, y en los altos empleos para explotarlos ellos y los suyos. La pequeña nobleza era tan increíblemente numerosa como pobre, mendiga, inútil y holgazana; sus miembros eran en la nación lo que los zánganos en la colmena, y propagadores incansables de la pobreza, indolencia é ignorancia fanfarronas. Decreció la población de un modo espantoso. Se contaba en España en tiempo de los reyes católicos á últimos del siglo xv y principios del xvi mas de 12 millones de habitantes; pero á la sazón solo había 5.700.000 almas. La única provincia algo próspera por efecto de la industria de sus habitantes era Cataluña, pero estaba asolada y trasformada en desierto por los ejércitos franceses. El clero que devoraba mas de una tercera parte de los ingresos del tesoro, y contaba sus miembros por cientos de miles, era la única clase de la población que prosperaba, con gran perjuicio de las clases productoras. Así, con la única y gloriosa excepción de Barcelona, eran nulos el comercio y la industria ó se hallaban en manos extranjeras. Los ingresos del tesoro habían bajado hasta la ínfima suma de 30 millones de reales! aunque entonces esta suma valía tanto como hoy 23 ó 24 millones de pesetas. Los riquísimos productos de las minas de oro y plata de América estaban tan empeñados, que de los 87 á 88 millones de pesetas que en 1689 trajo la flota á España solo quedaron para el tesoro cosa de 260.000 pesetas, que

(1) Ni Madrid era malsano, ni su clima tuvo nada que ver con las dolencias de Carlos II. Mas tuvieron la ignorancia de los médicos, la superstición dominante y las intrigas de los cortesanos. (N. del T.)

(2) O Berlips. El pueblo la llamaba la Perdió. (N. del T.)

como siempre se fueron entre las manos de los magnates y empleados, tan ignorantes é incapaces como faltos de conciencia. El ejército no recibía paga alguna y los empleados pequeños solo dos tercios de su nómina, y aun estos con irregularidad; pensiones no se pagaba ninguna; la escuadra había cesado de existir, y la miseria invadió el palacio, porque los proveedores de la real casa no querían ya proveer ni la mesa del soberano. En un solo día se marcharon nada menos que 60 criados de palacio y todo el personal de las caballerizas porque se les debían tres años de salario. Varias veces amenazaba pararse toda la máquina gubernativa por no poder dársele cuerda. Cuando el rey tenía que emprender un viaje se acuñaba moneda de baja ley, es decir, que se engañaba á la gente con moneda falsa. Bandas de mendigos y de salteadores invadían las calles y caminos en proporciones espantosas. El único ministro, Oropesa, que quiso hacer un ensayo de reforma, fué expulsado por la reina de su puesto.

En tal situación se comprenderá que en tiempo de la segunda guerra de coalición no había en toda la península una sola fortaleza en estado de defensa, y que todo el ejército se reducía á 8.000 soldados andrajosos, hambrientos, que se mantenían de lo que mendigaban ó merodeaban como podían. Esto explica los progresos no interrumpidos que Noailles y Vendome hicieron á pesar de sus escasas fuerzas en Cataluña. Neutralizada Italia, pudo el gobierno francés enviar una parte regular de las tropas allí empleadas á España para sitiár á Barcelona. La corte de Madrid suplicó al emperador que enviara en buques ingleses un cuerpo de tropas para salvar tan importante plaza, pero Leopoldo, ocupado en la guerra contra los turcos, quiso estúpidamente ahorrarse el gasto de semejante expedición, creyendo que de un momento á otro se haría la paz y entonces tendría la Francia de todos modos que restituir la plaza tomada. En cuanto al trono de España no había que pensar que se le escapara; según el emperador estaba asegurado á la casa de Habsburgo! Semejante estupidez y tan repugnante egoísmo enajenaron cada día mas simpatías á la corte imperial; y si entonces no había en España todavía un partido francés, por lo menos había un partido anti-austriaco, el cual abogaba en primer lugar por la paz inmediata con Francia, y luego por declarar sucesor en el trono al hijo del elector Maximiliano Manuel y de María Antonia, cuya madre había fallecido á la sazón. A este partido pertenecían casi todos los grandes del reino y la mayoría del Consejo de Estado, acaudillados por el cardenal Portocarrero, arzobispo de Toledo y primado del reino, hombre si no dotado de grandes talentos, por lo menos de carácter resuelto, que sabía lo que quería y que gracias á los inmensos ingresos que le daba su dignidad, á saber, 300.000 ducados anuales, era un poderoso apoyo del partido.

En agosto de 1697 cayó Barcelona; y en Madrid, población abierta, se creía ya ver al enemigo á las puertas. A toda prisa se quiso formar un ejército, pero solo se lograron reunir dos regimientos incompletos y apenas suficientes para tener en jaque la propia población de la capital. Esta fué la señal del abandono de la causa del Austria. El embajador español en Ryswyk recibió orden de hacer inmediatamente la paz con los franceses sobre las bases de Nimega, sin curarse de la resistencia ni de las objeciones que pudiera hacer el representante del emperador. Luis XIV se mostró en extremo complaciente con España, cosa que nadie esperaba, devolviendo primero á Barcelona, luego á Luxemburgo y finalmente las conquistas menores hechas en la última guerra; si bien haciéndose un poco de rogar para dar mas mérito á este comportamiento generoso, y para que los espa-

ñoles sin excepción se convenciesen de que su patria debía estas concesiones únicamente á la benevolencia del poderoso monarca francés, y absolutamente nada al Austria. Esta reflexión engendró consecuencias incalculables.

En la paz de Ryswyk había salido el Austria perjudicadísima á consecuencia de su indolente y obtusa confianza y mezquindad; pero en lugar de escarmentar, continuó por el mismo derrotero en la cuestión de España. Guillermo III había prometido al emperador en su alianza secreta de 1689, ayudarle á obtener la sucesión española; pero hecha la paz de Ryswyk, creyóse tácitamente desligado de todos los compromisos anteriormente contraídos, cuando se estaba en guerra. Por otra parte en Francia nadie pensaba en averiguar siquiera por precaución si tales compromisos continuaban subsistentes despues de firmada la paz, y se confiaba perezosamente en que Guillermo se atendería á lo dicho en cualesquiera circunstancias. Guillermo sin embargo estaba muy distante de querer contribuir á aumentar el poder del Austria fuera de los límites prudentes; lo que únicamente deseaba era que la Francia por lo pronto no se apropiase la herencia española, por cuyo motivo intentaba que adquiriese una parte de ella el elector de Baviera.

En tales circunstancias el Austria debería haber procurado quedarse con el resto, y para esto solo había un medio, á saber: el envío inmediato á España de un cuerpo de 10.000 á 12.000 soldados, para tener allí en jaque á los adversarios interiores y rechazar los ataques eventuales de los franceses. Carlos II, preparado por la reina, estaba dispuesto á admitir estas tropas, pero bajo la condición de que el emperador las pagara, pues que España estaba entonces tan falta de medios que hecha la paz de Ryswyk tuvo que licenciar casi todo el insignificante ejército que hasta entonces con pena y trabajo había sostenido. Aquel miserable millon de florines que anualmente podría haber costado el cuerpo de tropas austriacas fué el obstáculo donde tropezó y se perdió principalmente el porvenir de la dinastía de Habsburgo en España, y que decidió del porvenir de esta nación. El emperador quería que las arcas vacías españolas mantuviesen un cuerpo de ejército extranjero destinado á servir ante todo los intereses de la familia imperial. El consejo de ministros austriaco instó al emperador á poner la mano en aquel momento en la herencia española, sin titubear, porque «despues sería tarde»; pero todo fué en vano. El emperador Leopoldo I opinaba de distinta manera; según él, era el deber de España sacrificarse por la ilustre casa de Austria, como había hecho hasta entonces, y Dios tenía por su parte la obligación de socorrer á la misma ilustre casa con milagros nunca vistos. Por eso ni quiso mandar á España á su hijo predilecto Carlos, ni pagar la manutención del cuerpo de tropas que había pensado enviar.

Indignése el emperador en gran manera cuando le dijeron que el gobierno español no aceptaba las tropas en tales condiciones, y mandó á su embajador que amenazara á la favorita de la reina, la condesa de Berlepsch, con el descontento imperial si no procuraba que la corte española se le mostrara mas favorable; pero la consecuencia fué que aquella mujer intrigante, y en parte también la misma reina, se mostraran desde entonces contrarias á las pretensiones austriacas. A esta política pueril de parte del Austria el emperador y su ministro de confianza Kinsky daban el nombre de *política firme y perseverante*. Inútiles fueron todas las advertencias que los españoles favorables á sus proyectos le hicieron en el año 1698, instándole que reuniera todas sus fuerzas para asegurarse la herencia española, aunque fuera necesario hacer la paz con la Turquía á cualquier precio, pues que la monarquía española valía mas que una ó varias plazas en la frontera turca.

No se contentó Leopoldo con semejante conducta necia y torpe, sino que llamó de Madrid á su embajador Harrach, diplomático viejo y si no de grandes recursos, por lo menos de mucha experiencia, y le reemplazó con su hijo, el joven Luis Harrach, sujeto ignorante y fogoso, cabalmente en el momento en que presentaba sus credenciales como representante de Luis XIV en Madrid al marqués Enrique de Harcourt, hombrecillo vivo, siempre en movimiento, de mirada ardiente, que como militar había conquistado grandísima y justa fama, y era además diplomático no menos distinguido, activo, amable, sutil, flexible y cuando convenía enérgico y duro. A cualidades tan eminentes unía la ventaja de disponer de poderosos medios pecuniarios, mientras los embajadores del emperador vivían en condiciones muy mezquinas dejando ver su pobreza en todo.

Este Harcourt encontró el terreno sumamente favorable á los planes de su soberano. El astuto cardenal arzobispo de Toledo había aprovechado una grave enfermedad del monarca para decir á este desdichado que era un castigo de Dios por su modo de gobernar y de dejar gobernar el país, y que por esto y por la reina que tan mal gobernaba en su lugar, estaba hechizado, lo cual creyó el pobre fanático calenturiento palabra por palabra (1). Desde entonces perdió

(1) El cardenal Portocarrero ni era astuto ni entendido. Según el autor de una relación inédita y contemporánea titulada *Enfermedad del Señor D. Carlos II y sucesos políticos de aquel tiempo*, «no se supo que su Eminencia en el dilatado curso de su vida hubiese abierto otros libros que el Breviario para rezar, el Misal cuando celebraba y unas Horitas en romance en que tenía las oraciones para prepararse, con la explicación de los misterios de la Misa, juntando á esta desidia un torpe comprender y un no saberse explicar.» Era sin embargo virtuoso y caritativo y es cierto que estaba á la cabeza de los nobles que hacían la oposición á la reina, influido en esto, como en todo, por su secretario é íntimo confidente D. Juan Antonio Urraca, el cual, dice la relación manuscrita, debajo de una rústica corteza poseía una acendrada política. El rey en una conversación que tuvo con el cardenal le confió los escrúpulos de conciencia que le agitaban por el mal gobierno que daba al reino. El cardenal le consoló como pudo; y dando después parte á Urraca de las confidencias del rey, por consejo de su secretario convocó aquella noche una junta secreta de nobles enemigos de la reina, en la cual se decidió que el cardenal se limitase á aconsejar al rey el cambio de confesor, como primera medida, base y fundamento de todas las demás. Ocupaba entonces el confesonario de Carlos II Fr. Pedro Matilla, hechura de la reina, árbitro con ella de la monarquía y diestro cortesano; y era necesario proceder con gran secreto para reemplazarle. En efecto, se llevó el asunto muy reservadamente: el cardenal aconsejó al rey la mudanza de confesor y por indicación de Urraca, le propuso en reemplazo del P. Matilla, á Fr. Froilan Diaz, catedrático de Alcalá. Llegó en efecto el P. Froilan con todo secreto á palacio y se encargó del empleo de confesor del rey. Esto sucedía en 1688; pero pocos años antes, siendo Inquisidor general D. Diego Sarmiento y Valladares, se había esparcido el rumor de que el rey estaba maleficiado, porque además de sus achaques habituales, que los médicos no entendían, la superstición dominante no atribuía sino á maleficio el hecho de que teniendo el rey la mayor propensión á lo bueno y á lo justo, eligiera siempre lo contrario al bien y á la justicia. El rumor de los hechizos del rey llegó á extenderse por la corte y por toda España y fuera de ella, que no era solo en España donde existía la creencia en brujas, hechiceras y endemoniados. El Inquisidor general D. Diego Sarmiento hizo tratar seriamente este asunto en el Consejo de la Inquisición, porque el rey había llegado á entender la causa á que se atribuía su falta de salud, y con el recelo de que pudiese ser cierta, había mandado proceder por la Inquisición á las averiguaciones convenientes. El Consejo de la Inquisición no creyó que había materia para proceder y así quedó el asunto. Muerto Sarmiento Valladares, fué nombrado Inquisidor general Fray Juan Tomás de Rocaberti y entre este y el P. Froilan Diaz, asistidos de Fr. Antonio Alvarez Argüelles, capellan de un convento de monjas recoletas establecido en Cangas en Asturias (el cual exorcizaba á dos de ellas que se creían poseídas del demonio) hubo una curiosa correspondencia secreta sobre los hechizos del rey, correspondencia que al fin llegó á traspasar por los remedios absurdos á que sometieron al infeliz Carlos II. El demonio de Cangas en sus respuestas acusaba á la reina y se manifestaba contrario al partido austriaco. Súpolo Leopoldo de Austria, y quiso contrarrestar á un demonio con otro, para lo cual envió al

la reina toda su influencia sobre su esposo. Oropesa, su adversario, fué llamado en marzo de 1698 otra vez del destierro á la corte en calidad de ministro principal, cambio muy desfavorable á la causa austriaca. Harcourt se dió prisa á aconsejar á su amo que aprovechara tan excelentes disposiciones para asegurar de una vez en su favor toda la herencia española y Luis XIV fué de su parecer sin cuidarse de que con esto jugaba con dos barajas, porque cabalmente estaba también negociando simultáneamente en Londres y en el Haya un proyecto de repartición de la gran monarquía española.

El ideal de los políticos y hombres de Estado de aquel tiempo era lo que llamaban el *equilibrio europeo*, figurándose la Europa dividida en dos bandos, que mientras fuesen de fuerzas iguales se compensarían mutuamente, y mantendrían la paz. Quedaba sobreentendido que el núcleo del uno era la Francia y el del otro el Austria. Claro está que siendo esto así, todo aumento de poderío que recibiera una de estas dos potencias le daría la preponderancia sobre la otra, y el equilibrio se hallaría turbado, mucho mas si cualquiera de ellas recibiera toda la herencia española. Por eso Guillermo III hubiera preferido darla toda al joven heredero del elector de Baviera. Este plan sin embargo era imposible, porque ni la Francia ni el emperador habrían consentido en tal cosa, y no había mas medio que conceder á cada una de las dos potencias un retazo de la herencia. Para conciliar estos extremos propuso Guillermo una repartición de la monarquía, sin curarse ni por un momento de lo que dirían los españoles, ni de su justo deseo de conservar unido el inmenso imperio de Carlos V. Para Guillermo todos los pueblos que no fuesen el holandés ó el inglés eran rebaños sin voz ni voto que debían someterse sin resistencia á lo que decidiera su alta política. Como no tenía en esta materia la conciencia muy limpia respecto del emperador, empezó por negociar separadamente con Luis XIV, y después de muchas y tediosas discusiones, llegóse entre ambos soberanos á un convenio en el mes de octubre de 1698 en el sentido explicado, cuyo convenio se conoce por el de la primera repartición. En él se estipulaba, que el príncipe heredero de Baviera recibiría la España propiamente dicha, la Flandes ó mejor dicho los Países Bajos católicos y las colonias, es decir, la masa principal; Luis XIV por su parte heredaría la Italia meridional perteneciente á España, ó sean Nápoles y Sicilia, y la provincia pirinaica de Guipúzcoa, y el emperador obtendría tan solo el ducado de Milan. Ninguna condicion contenía este convenio á favor de los intereses mercantiles de las potencias marítimas: justo castigo de la falta y traición que cometía Guillermo en no tratar primero con su aliado el emperador, en lugar de hacerlo con su adversario el rey de Francia.

Por lo pronto túvose este tratado secreto; pero Luis XIV lo comunicó naturalmente á su embajador Harcourt, que se mostró muy disgustado por él, y con razón sobrada, porque

rey una relación de lo que habían declarado ciertas endemoniadas en Viena acerca de sus hechizos. A esta relación siguió la venida á Madrid del grande exorcista austriaco Fr. Mauro Tenda, que por los medios usuales tuvo en la corte de España varias conversaciones con el demonio, por supuesto de efectos contrarios á las de los diablos de Cangas. Este juego duró hasta la muerte del inquisidor Rocaberti, al fallecimiento del cual fué nombrado por el rey contra el consejo de la reina, Don Antonio de Aguilar, para que siguiesen las indagaciones y los exorcismos. Una sangría descuidada por malicia ó ignorancia llevó al sepulcro al nuevo inquisidor antes de que vinieran las bulas, y en su lugar logró la reina que se nombrara al obispo de Segovia D. Baltasar de Mendoza, el cual estaba ya enterado de lo que debía hacer para vengarla de las delaciones diabólicas y en efecto hizo condenar por la Inquisición á Fr. Froilan Diaz y Fr. Mauro Tenda. Todas estas intrigas y diabluras acabaron con la vida del infeliz monarca. (N. del T.)

apenas traspasó el asunto en España cuando se manifestó la voluntad unánime de no someterse á semejante despojo. El interés nacional del país y el particular de las familias principales acostumbradas á enriquecerse en los dominios fuera de la península, cuyo gobierno se confiaba á sus miembros ya con el grado de vireyes, ya con el de lugartenientes, etc., estuvieron de acuerdo para no permitir que se dividiese tan grande monarquía; pero esta disposición de los ánimos en las esferas españolas influyentes estaba muy lejos de ser ya favorable á la corte imperial; antes por el contrario, á fin de contentar al rey de Francia, se quiso excluir al Austria de toda participación en la herencia y proclamar como único heredero de todo el imperio español al príncipe heredero de Baviera. En esto estaban perfectamente de acuerdo el cardenal primado, el ministro Oropesa, y la reina María Ana, que obedeciendo á su amiga la condesa de Berlepsch subvenció, nada secretamente por el elector de Baviera, había abandonado completamente la causa del emperador. Instado y asediado por todos lados presentóse Carlos II el 14 de noviembre de 1698 personalmente en el consejo de Estado, donde declaró con una firmeza que raras veces había mostrado, que había resuelto nombrar por sucesor suyo á su sobrino el príncipe heredero del electorado de Baviera. La nación española llena de patriótico entusiasmo aplaudió esta determinación. El parlamento inglés, y los Estados Generales holandeses no se mostraron menos contentos de ver que en la monarquía española no habría mas cambio que el de la persona del monarca, con lo cual estaban seguros de que las ventajas ilegales que habían usurpado los súbditos de sus respectivos países en perjuicio del comercio español, quedarían intactas.

En esto sobrevino un suceso que hizo fracasar todo el proyecto, lo mismo el testamento de Carlos II que el convenio de repartición, á saber: la muerte del presunto heredero de la corona de España, el príncipe hijo del elector de Baviera, que falleció repentinamente en 6 de febrero de 1699 á la edad de seis años y meses. Con esto volvieron á encontrarse frente á frente las pretensiones del Austria y las de Francia. El infortunado Carlos II, destinado á ver cómo en vida suya se disputaban las otras potencias sus dominios, se encontró en el angustioso dilema de escoger entre su pariente carnal distante y relativamente débil, y su vecino poderoso y amenazador, á cuyo partido se había pasado la mayor parte de los grandes de España por temor de que realizara sus amenazas y para conservar así mas fácilmente la integridad de la monarquía; mientras la reina y sus parciales volvían á apoyar á la causa del Austria.

En este estado de cosas no puede negarse que las proposiciones de Luis XIV fueron á primera vista muy moderadas. De su propio impulso declaró al gobierno inglés que comprendiendo que sería sospechoso para la Europa un aumento exagerado del poderío francés, estaba pronto á dejar que el archiduque austriaco menor se quedara con la parte mas principal de la monarquía española, si en cambio se aumentaba la parte francesa de la herencia con Milan, Navarra, Guipúzcoa y un buen trozo de la Flandes. Además ofreció ceder á los duques de Saboya y Lorena, en cambio de sus respectivos dominios, el ducado de Milan y la Sicilia. La moderación, sin embargo, era solo aparente, y examinando estas pretensiones de mas cerca era evidente que aumentaban el poder de la Francia fuera de toda proporción, porque se apropiaba las mejores provincias, mientras el Austria salía con los honores de entronizar una rama segunda de la casa de Habsburgo en la lejana España, despojada ya de sus puestos avanzados, y entregada estratégicamente á la Francia con la pérdida de Guipúzcoa y de Navarra que juntas

con la Saboya, la Lorena y la Bélgica, todas provincias dilatadas y limitrofes, habrían aumentado el territorio francés colosalmente; cuanto mas que la posesión de Nápoles le entregaba poco menos que toda la Italia. Contra ventajas semejantes nada significaba la parte que tocaba al Austria.

No se disimulaba Guillermo III los peligros que semejante arreglo encerraba para la libertad y seguridad de Europa en frente de la preponderancia francesa, que tanta sangre y trabajo había costado dominar. Era perder el fruto del trabajo de toda su vida; sin embargo creyó deber aceptar el arreglo, bien que profundamente desalentado, porque si Luis extendía las manos para quedarse con toda la monarquía española ¿quién podía impedirselo? En Holanda todo el mundo pedía la paz; el parlamento inglés lleno de inocente confianza y en oposición abierta á los deseos del rey, había desarmado sus fuerzas terrestres y marítimas; España estaba desorganizada y sin fuerzas, y de la corte de Viena se había apoderado una desconfianza y antipatía invencibles hacía las dos potencias marítimas, desde el primer convenio de repartición, mientras que la Francia podía en brevisimo tiempo poner en campaña un ejército de 120,000 á 150,000 hombres. Meditado que hubo Guillermo todo esto, se mostró dispuesto á escoger el mal menor, halagándole mas que todo la disposición del rey Luis de dejar la herencia principal al archiduque austriaco, con lo cual veía posible la conservación de la paz europea que todos deseaban. Todas sus tentativas de regatear sobre la parte que reclamaba el francés fueron inútiles; solo á fuerza de largas y obstinadas negociaciones logró hacer renunciar al gobierno francés á los Países Bajos españoles, excepto la plaza de Luxemburgo que de todos modos quería. A fines de otoño de 1699 llegóse á un convenio entre ambos soberanos, y en uno de sus artículos se estipuló que en el caso de no aceptarlo el emperador, elegirían las dos partes contratantes de comun acuerdo otro candidato al trono de España en reemplazo del archiduque, é impedirían que este se apoderara de ningun territorio sin haber aceptado antes la partición propuesta. En marzo del año 1700 adhirieron los Estados Generales de Holanda á este segundo tratado de repartición, que como el primero disponía de los intereses nacionales de España con igual desprecio de sus derechos y de su voto en la materia.

Luis XIV estaba interiormente dispuesto á cumplir por su parte este convenio, si no había otro remedio y siempre que no se le presentara otra ocasion mas favorable, porque conocía que las cosas no le eran propicias en España. No se disimulaba que en vista de lo sucedido cuando el primer tratado de repartición, se desorganizaría el partido francés en España al saberse este segundo convenio; sabía también que personas influyentes en la península trabajaban para unir á España con Portugal, lo que ciertamente habría sido lo mas racional; pero como todo podía ser, no era tampoco imposible que mejorara la posición de Francia, y para este caso estaba dispuesto á no ligarse con estipulaciones formales, segun su política de siempre. En efecto, contra todo lo que se esperaba volvió á sonreír la fortuna al rey de Francia.

Desde el momento en que supo Harcourt las negociaciones de su soberano con las potencias marítimas, desaprobólas y aconsejó al rey que no perdiera de vista la posibilidad de hacerse con toda la herencia. La corte imperial tampoco quería oír hablar de partición, porque allí se celebró la muerte imprevista y prematura del heredero de Baviera como uno de los milagros que la Providencia divina tenía costumbre y obligación de ejecutar expresamente en favor de la casa de Austria, y en su consecuencia se había decidido aprovechar este suceso para la formación de un gran partido nacio-